

A CIEN AÑOS DEL Plan DE Ayala



ÉDGAR CASTRO ZAPATA
FRANCISCO PINEDA GÓMEZ

Compiladores



Coedición Fundación Zapata y los Herederos
de la Revolución, A.C. / Ediciones Era

Primera edición: 2013

ISBN: 978-607-445-202-0

DR © 2012, Ediciones Era, S.A. de C.V.

Calle del Trabajo 31, 14269 México, D.F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

www.edicionesera.com.mx

Los pueblos mixtecos y el Plan de Ayala

Entrada

Cuando Emiliano Zapata, el Comandante General del Ejército Libertador del Sur, se dirigió a todos los revolucionarios reunidos en Ayoxuxtla aquel 27 de noviembre de 1911 para que, si no tenían miedo, pasaran a firmar el Plan de Ayala, entre los que se pusieron de pie y avanzaron hacia la mullida mesa sobre la cual se hallaba el mencionado documento, se encontraban cuatro mixtecos: el general Jesús Morales, originario del municipio de Petlalcingo, Puebla, conocido entre su gente como “el Tuerto” Morales, por la falta de un ojo que había perdido de niño en una riña callejera; el capitán Francisco Mendoza, de el Organal, Chietla y Catarino Mendoza y Amador Acevedo, de Huauchinantla.

La presencia de los mixtecos en tan importante acto obedecía a varias razones. Una de ellas era la cercanía geográfica con los rebeldes del estado de Morelos, lo que había facilitado que pelearan juntos en la época del maderismo; pero más importante que eso era su cercanía ideológica y la desilusión que en ellos generó el incumplimiento del Plan de San Luis Potosí por Francisco I. Madero que, aunque de manera tibia, prometía devolver las tierras de las cuales los indígenas hubieran sido desojados de manera arbitraria. Los sucesos posteriores a la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, por los que Porfirio Díaz renunciaba al poder, mostraban claramente que Francisco I. Madero no pensaba cumplir su promesa y por lo mismo los campesinos que lo apoyaron se sintieron desligados de él y con el derecho de volver a las armas para

recuperarlas. Así pues, los unían los ideales de que la tierra volviera a sus legítimos dueños: los pueblos originarios de la región. Y ése era el punto central del Plan de Ayala al que ahora acudían a firmar.

La presencia mixteca en la firma del Plan de Ayala también tenía otro significado. Mostraba que el movimiento zapatista no era un asunto local que se circunscribiera al estado de Morelos, de donde el general Emiliano Zapata era originario; por el contrario, abarcaba una inmensa región del centro y el sureste. En la región mixteca, los ideales zapatistas tenían presencia desde la zona costeña hasta la Mixteca Alta y Baja, tanto en el estado de Puebla —donde ya habían combatido coordinadamente durante el maderismo— como en los de Guerrero y Oaxaca, donde todavía no lo lograban. El hecho de que pelearan aislados no significaba que no coincidieran en sus propósitos, sino únicamente que todavía no se encontraban y ponían de acuerdo.

El presente documento busca explicar las condiciones económicas, políticas y sociales que prevalecían entre los pueblos mixtecos que permitieron que sus dirigentes y líderes rebeldes se identificaran con el zapatismo, y algunos de ellos participaran en la firma del Plan de Ayala. Con él se pretende mostrar que la historia de las rebeliones campesinas entre los pueblos mixtecos es distinta a la forma como oficialmente se ha contado. Particularmente de los pueblos mixtecos no existen estudios que presenten explicaciones de conjunto, siempre se muestran como parte de la lucha en los estados a donde pertenecen y así no se percibe la importancia que tuvieron como pueblos socioculturalmente unidos. Un estudio con este enfoque da otra dimensión de su resistencia y sus horizontes, que también pueden ser los de otros pero con sus rasgos específicos.

La mixteca a principios del siglo XX

El siglo XX llegó a la región mixteca en una tensa calma. La desigualdad económica en que vivían sus habitantes y la injusticia social que esto representaba no era para menos. El descontento de los pueblos por esa situación era una verdad que pocos se atrevían a ver y menos a cuestionar. La situación social tenía múltiples orígenes y manifestaciones. Una de ellas era la agraria. La mayor parte de la tierra seguía siendo comunal pero en medio de ellas existían importantes haciendas y ranchos, pequeños si se comparan con los de otros lugares del país, grandes si se toma en cuenta su impacto en la economía regional, su organización política y la división de clases sociales a que daban lugar.

Haciendas y ranchos había por toda la región. Por el estado de Puebla, el Distrito de Acatlán, ubicado en la mixteca baja, existían 21 ranchos dedicados a la cría de cabras que después destinaban a la matanza que se realizaba en Tehuacán para obtener grasa, carne y cuero; la actividad tenía tanta importancia económica que las compañías Jiménez y Caminero, representadas por Germán Hoppenstedt, establecieron sucursales en los municipios de Chiautla y Tehuacán. También incursionaron en la agricultura, especialmente en el cultivo de la caña, para fabricar azúcar, piloncillo y aguardiente.¹

Por el estado de Oaxaca fueron importantes las haciendas de La Pradera, en el Distrito de Huajuapán, y El Rosario, en Etlatongo, en la mixteca baja; La Concepción, en Tlaxiaco, en la mixteca alta; y otras de Jamiltepec, en la mixteca costeña. La primera, con más de 10 hectáreas, era la más grande de esa parte de la región, tanto que encerraba los pueblos y estaba rodeada de ranchos;² la de la Concepción, ubicada en

¹ Ana María de Huerta Jaramillo, *Insurrecciones rurales en el estado de Puebla 1868-1870*, Cuadernos de la Casa Presno 4, Centro de Investigaciones Históricas y Sociales, Instituto de Ciencias, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla México, 1985, pp. 11-13.

² Cristina Steffen Riedemann, *Los comerciantes de Huajuapán de León, Oaxaca 1920-1980*, UAM-Plaza y Valdés, México, 2001, p. 60.

la cañada de Yosotiche, era importante por la calidad de sus tierras, el agua abundante en ellas y su clima húmedo, ideal para cultivos comerciales, principalmente la caña de azúcar.³

En el Distrito de Jamiltepec, en la mixteca baja, existían las haciendas de Santa Cruz, propiedad de Wenceslao García; la de Huazolotitlán, propiedad de Dámaso Gómez,⁴ y La Guadalupe, en Collantes, propiedad de la Casa del Valle y Compañía. Además de las haciendas se contaban setenta y cinco ranchos, trece estaban en el centro, once en Huazolotitlán, nueve en Pinotepa Nacional, catorce en Cortijos, dos en Pinotepa Don Luis, ocho en Amuzgos y doce en Atoyac.⁵ La mayor actividad de ellos era la siembra de algodón y la cría de ganado vacuno y caballar, importante para el traslado de las mercancías desde la costa hasta otros lugares de la república.

En el estado de Guerrero, en el Distrito de Abasolo, cuyo centro político y económico era la ciudad de Ometepec, se concentraba la burguesía agraria, prácticamente dueña de todo el territorio del distrito. La familia de Carlos A. Miller era dueña de casi todo el municipio de Cuajinicuilapa, once ranchos ganaderos y alrededor de once mil reses; la familia de Juan Noriega era propietaria de mil hectáreas, donde alimentaba reses, caballos “de buena clase” y burros. Otros propietarios de tierras fueron José María López Moctezuma, Ángel Sandoval, Ignacio López Moctezuma, Librado López Alarcón y Antonio Reguera. Algunas familias que no tenían tanta tierra completaban sus ingresos para igualar a los anteriores participando en la administración pública.⁶

³ Héctor Ángel Carrizosa Sánchez, *Ñunuma, Poctlan, Ñuucaa, Putla. Lugar o pueblo de humo*, Carteles, Oaxaca, 1993, pp. 74-78.

⁴ Francie R. Chassen-López, Héctor Martínez, “El Desarrollo Económico de Oaxaca a finales del Porfiriato”, en María de los Ángeles Romero Frizzi (comp.), *Lecturas Históricas del Estado de Oaxaca*, vol. IV, 1873-1930, Colección Regiones, INAH-Gobierno del Estado de Oaxaca, México 1990, p.53.

⁵ Adolfo Rodríguez Canto, *Historia agrícola y agraria de la costa oaxaqueña*, Universidad Autónoma Chapingo, México, 1995, pp. 199-201.

⁶ Renato Ravelo Lecuona, *La revolución zapatista en Guerrero: De la insurrección a la toma de Chilpancingo 1910-1914*, t. I, Universidad Autónoma de Guerrero, México, 1990, pp. 32-33.

En todas estas haciendas y ranchos se sembraban diversos productos como caña de azúcar y algodón, lo mismo que se impulsaba la crianza de cabras y ganado mayor; todos para satisfacción del mercado regional y nacional, usando mano de obra mixteca muy barata. Junto a las haciendas y ranchos existieron las “haciendas volantes”, inmensos rebaños de cabras propiedad de ricos que arrendaban las tierras comunales para que pastaran y pastores que las cuidaran. Un caso excepcional en esta actividad fue el del español Guillermo Acho que formó un verdadero corredor que incluía regiones enteras con diferentes características agroecológicas necesarias para la cría y engorda de chivos.⁷

Del otro lado estaba la economía campesina, la que servía a las familias mixtecas para obtener el sustento diario. Los pueblos dedicaban sus tierras a la agricultura tradicional y la sostenían con el trabajo solidario entre familias. Sus productos principales eran maíz, frijol y calabaza, indispensables en su dieta diaria. No obstante las diferencias entre la producción comercial de las haciendas y la tradicional de los pueblos, estas actividades mantuvieron relaciones desiguales y de sometimiento para los segundos. Una de ellas se daba a través de la mano de obra que los habitantes de los pueblos ofrecían a los dueños de las haciendas, ranchos y trapiches para hacerlas producir, en donde por salarios míseros trabajaban “de sol a sol, hasta que el mayordomo les sacaba todo el juguito”⁸; la otra era a través de la venta de sus productos agrícolas, principalmente el maíz, por el cual les pagaban precios mucho más bajos en relación con los costos de producción.

Derivado de este sometimiento, los pueblos sufrían el desprecio y la discriminación de los ricos que no los aceptaban como eran porque, además de que usaban técnicas de producción tradicionales, su falta de apego a la producción mercantil

⁷ Danièle Dehouve, et. al., *La vida volante. Pastoreo trashumante en la sierra madre del sur, ayer y hoy*, Jorale -Universidad Autónoma de Guerrero, México, 2004.

⁸ Carrizosa Sánchez, op. cit., p. 85.

les impedía explotar su trabajo. No faltaron quienes criticando la costumbre mixteca de incendiar los pastos para abrir las tierras al cultivo, a la que se unía la de producir sólo lo necesario para el autoconsumo, propusieran el retorno a los trabajos forzados y “hasta el absurdo sistema de esclavitud”.⁹

Esta situación daba como resultado una marcada división de clases donde los hacendados, rancheros y dueños de las haciendas volantes ocupaban la primera escala de la pirámide —dominando todas las demás— y, la última, las comunidades indígenas. En medio de ella se encontraban los profesionistas y pequeños comerciantes, artesanos y uno que otro pequeño rancho acomodado. Los primeros ni siquiera vivían en la región, lo hacían en las capitales de las ciudades más importantes, el Distrito Federal, Oaxaca o Puebla, y se valían de personeros para cuidar sus negocios, la clase media tratando de no perder esa condición y los campesinos sufriendo la explotación de su trabajo que se daba por el pago de un salario en las haciendas o ranchos, la venta del producto de su trabajo a los comerciantes, la renta de sus tierras y el agiotismo en las grandes tiendas comerciales.

Una sociedad de esta naturaleza no podía tener más que un gobierno autoritario, que reproducía a nivel regional las prácticas políticas nacionales y del Estado, a través de los Jefes Políticos y los presidentes municipales, que como regla general eran personeros de aquellos. La democracia era una palabra que sólo servía para que grupos de personas de las clases acomodadas disputaran a sus rivales de la misma clase social el derecho de gobernar, con el apoyo o la oposición de uno que otro miembro de la clase media o baja, pero no para que el pueblo pudiera gobernarse por sí mismo como el significado de la palabra podría inducir a suponer. Esta situación generaba serios conflictos sociales que sus portadores bien se cuidaban de manifestar.

⁹ Moisés González Navarro, “Indio y propiedad en Oaxaca”, en Romero Frizzi, op. cit., pp. 42-43.

La lucha agraria durante el maderismo

El maderismo llegó tarde a la región. Su presencia comenzó a notarse cuando ya en Ciudad Juárez, Chihuahua, los representantes de Francisco I. Madero y los de Díaz entraban en negociaciones para poner fin a las rebeliones que se estaban dando por diversas partes del país. La lucha la iniciaron los hacendados, rancheros y comerciantes cuando se dieron cuenta que el porfiriato iba a caer, pues si ellos no entraban a la lucha podían quedar desplazados por las fuerzas que se hicieran del poder; contaron con que algunos miembros de su clase mantenían relaciones con los rebeldes: Enrique Añorve Díaz por la mixteca costeña y Juan Andreu Almazán por La Montaña. Hacía tiempo que se coordinaban en el estado de Puebla con Aquiles Serdán y, cuando éste fue asesinado por la policía de la dictadura, buscaron establecer relaciones directamente hasta El Paso, Texas.

Los ricos querían participar en la rebelión maderista pero no estaban dispuestos a ir a la guerra. Por eso convocaron a los campesinos para que fueran ellos quienes participaran. Para ellos no fue una buena decisión porque éstos conservaban agravios históricos en su contra, pues sus haciendas se habían formado despojándolos a ellos de sus tierras, y donde no fue así explotaban sus tierras a través de las haciendas volantes, o el trabajo mal remunerado, o las compras anticipadas de sus cosechas, o los onerosos préstamos que cuando no podían pagar hacían que se les confiscaran sus propiedades. Los campesinos tenían conciencia de esta situación y aún así aceptaron participar en la guerra a la que se les convocaba, no para defender a los terratenientes sino para librar su propia guerra contra ellos.

Rebelión en Costa Chica

Uno de los lugares donde más dramático y sangriento resultó el enfrentamiento entre terratenientes y campesinos fue la mixteca costeña. El 17 de abril de 1911, un domingo de Ra-

mos, los pueblos de la región tomaron Ometepec y tan pronto como se hicieron de la plaza comenzó la lucha contra los ricos maderistas. Enrique Añorve Díaz, en su papel de comandante de la rebelión, nombró al doctor Marcial Soto, presidente municipal porfirista, como prefecto; es decir, que en lugar de destituirlo y someterlo lo colocaba en un cargo superior. Tuvo que recular de esa decisión porque los pueblos se opusieron y pidieron que el nombramiento fuera democrático; finalmente así se hizo y resultó electo Liborio Reina, el candidato de los pueblos rebeldes.

Lo primero que hizo la nueva autoridad fue apoyar la integración de una Junta Directiva que procediera a rescatar las escrituras de los terrenos comunales de los pueblos que se encontraran en manos de los terratenientes. Como Presidente de la Junta se nombró a Clemente Martínez, un viejo luchador por las tierras de Igualapa. La noche de ese día la junta comenzó a cumplir su encargo, acudiendo casa por casa de los terratenientes para exigir los documentos. Nadie escapó de esta acción, lo mismo entregaron los títulos Juan Noriega, acaudalado terrateniente regional, que Francisco Romano, terrateniente español; otro tanto hicieron Daniel J. Reguera, Everardo Rodríguez, Adolfo I. Reguera, Antonio Lanche, oficiales maderistas en la revuelta; Andrés López Armora, ex-Presidente Municipal porfirista y Nicolás Vásquez, el padre de Isaías Vásquez, el pagador del ejército rebelde. Terminado el rescate de los títulos en Ometepec, los rebeldes se desplazaron a las rancherías y pueblos de alrededor para continuar su obra.¹⁰

La noticia de que los campesinos de Ometepec estaban recogiendo los títulos de sus tierras usurpadas por los caciques cruzó los límites estatales y llegó hasta los pueblos mixtecos de Oaxaca, que siguieron su ejemplo, con el apoyo de aquéllos. Buscando poner orden entre los rebeldes y calmar los ánimos de la gente acomodada, Enrique Añorve Díaz ordenó al capitán Manuel Centurión, un rancharo mediano, que con su

¹⁰ Ravelo Lecuona, op. cit., pp. 53-61.

gente cruzara la frontera del estado y organizara a las fuerzas maderistas de la costa oaxaqueña. El día 30 de abril se puso en marcha, cruzó varios pueblos sin encontrar resistencia y el 2 de mayo entró a Pinotepa Nacional sin encontrar resistencia armada. Allí recaudaron una “considerable suma de dinero” para apoyar la causa revolucionaria, incluyendo contribuciones de los indígenas que habitaban las comunidades locales, a quienes el capitán maderista aseguró que, de acuerdo con el Plan de San Luis Potosí, todas las tierras robadas por los ricos serían regresadas a sus verdaderos propietarios.¹¹

De Pinotepa Nacional Manuel Centurión avanzó hasta Jamiltepec donde había otra rebelión y después regresó a Ometepepec, a dar parte a su jefe de la situación en que se encontraba la región. Antes de abandonar Pinotepa Nacional los mixtecos le presentaron diversas quejas contra los hacendados y los comerciantes de ese lugar a las que contestó prometiendo que todos los problemas serían atendidos. Los mixtecos le creyeron pero como los días pasaban y no regresaba, comenzaron a celebrar juntas secretas donde discutían las medidas que debían tomar. Pedro Rodríguez, cacique y rancharo local, se enteró de la entrevista de los mixtecos con Manuel Centurión, lo mismo de que se estaban reuniendo para planear cómo recuperar sus tierras y sin tener facultad alguna mandó detener a Domingo Ortiz, quien figuraba como portavoz de los indígenas, acusándolo de alterar la paz y de agitar a los campesinos.

Los mixtecos acudieron a Ometepepec a informar a Enrique Añorve Díaz lo que sucedía y éste decidió enviar al capitán Cristóbal Cortés con una compañía de soldados del pueblo de Igualapa para calmar la situación. Con esa promesa los mixtecos regresaron a Pinotepa Nacional pero al llegar se enteraron que Pedro Rodríguez había dispuesto fusilar a Domingo

¹¹ Archivo General del Estado/Secretaría de Gobierno/Putla/Correspondencia/junio, 1911. Citado en Héctor G. Martínez, *La revolución en Oaxaca 1900-1930. Los movimientos maderistas en Oaxaca*, Instituto de Administración Pública de Oaxaca, 1985, p. 26.

Ortiz al día siguiente; en esa nueva situación decidieron volver a Ometepec pero ya no fue necesario porque en eso llegó Cristóbal Cortés. Era el día 18 de mayo, un mes después de la toma de Ometepec. El capitán maderista se presentó en el palacio municipal donde se entrevistó con Pedro Rodríguez, el cacique; José Santiago Baños, jefe de la policía del lugar, y Jesús Carmona, presidente municipal en funciones.

Cristóbal Cortés ordenó a Pedro Rodríguez que liberara a Domingo Ortiz, a lo que el cacique respondió que no lo haría y que no le importaba que trajera órdenes de Enrique Añorve Díaz. Más calmado, Cristóbal Cortés le informó que traía órdenes de nombrar nuevas autoridades, lo que sacó al cacique de sus casillas; como ya no se podía dialogar, Cristóbal Cortés le sugirió que reflexionara detenidamente la situación y que mientras tanto mandara excarcelar a Domingo Ortiz. Dicho lo anterior dio la vuelta para retirarse. No había terminado de hacerlo cuando José Santiago Baños se acercó al cacique para decirle que el jefe maderista iba preparando su revólver; al escucharlo, el cacique sacó su pistola y disparó por la espalda a Cristóbal Cortés, quien cayó herido de muerte. Una bala se desvió y también quitó la vida al líder de Igualapa.

Los mixtecos respondieron matando al cacique, al jefe de la policía y al presidente municipal, que intentaron defenderlo. Cuando Juan José Baños se enteró de la muerte de su hermano, reunió un grupo de hombres para vengarlo. Se fueron a Pinotepa Nacional en donde mataron a un grupo de mixtecos que salieron a intentar dialogar con ellos; después tomaron rumbo a Ometepec en donde dieron su versión de los hechos a Enrique Añorve Díaz. Después de escucharlos, no sólo les creyó sino que también nombró a Juan José Baños capitán primero de las fuerzas maderistas en Oaxaca, instruyéndolo para restablecer el orden en Pinotepa Nacional. Con esa acción los jefes revolucionarios se volvían contra los pueblos que los apoyaban y los enemigos de la revolución pasaban a dirigirla. Eso marcaría el destino de la revolución y el de los pueblos, cada uno tomando su propio camino.

También formó una Comisión que fuertemente escoltada visitaba los domicilios de los caciques, hacendados y rancheiros para exigirles la entrega de los títulos de propiedad para anular aquéllos mediante los cuales se había despojado a los mixtecos de sus tierras comunales; como la mayoría de ellos se negaba a hacerlo, la escolta de la Comisión los amagaba y de esa manera no les quedaba más remedio que acceder. Los títulos recogidos fueron entregados al Consejo de Ancianos para que los resguardara; para hacerlo éstos los envolvieron en la bandera nacional del municipio.

Mientras en Pinotepa Nacional y Ometepec la lucha campesina contra los hacendados entraba en la definición del campo de batalla y los contendientes, los efectos expansivos de ella se veían en sus alrededores. El 29 de abril se levantó en armas en el municipio de Cacahuatpec Eufrazio Peña¹³ y el 8 de mayo lo hacía Waldo Ortiz Figueroa en Putla. Este fue un caso atípico porque igual que en Ometepec, los ricos intentaron una sublevación “pintoresca”,¹⁴ para tener margen de maniobra en el reacomodo de fuerzas que vendría después de desplazar a los porfiristas, pero como no querían participar en ella, pusieron a Waldo Ortiz Figueroa para que la encabezara, mientras nombraban como autoridades municipales al señor Pedro González y a Isidro Montesinos. Lo que no sabían es que los tres eran magonistas y terminaron dándole un cariz campesino a la lucha.

Ese día los putlecos vieron desfilar a los revolucionarios por las calles de la ciudad, encabezados por los señores Leonardo Bracho y Pastor González Luna, vecinos del centro, este último pronto terminaría rebelándose contra Francisco I. Madero y proclamando el Plan de Ayala. Los rebeldes visitaron varios pueblos donde les demandaron, a cambio de incorporarse a la lucha, que bajaran los impuestos que en los últimos años ha-

¹³ Francie R. Chassen-López, *Oaxaca. Entre el liberalismo y la revolución. La perspectiva del Sur (1867-1911)*, UAM-I/Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, México, 2010, pp. 558, 574-575.

¹⁴ “Carta del señor Abraham Velásquez a Don Francisco Álvarez Tello”, en Carrizosa Sánchez, Nuñuma, Poctlan, *Nuucaa, Putla. Lugar o pueblo de humo*, Carteles, Oaxaca, 1993, pp. 101-103.

bían aumentado más del 100% con respecto a años anteriores. Naturalmente los rebeldes aceptaron. También establecieron impuestos de guerra para mantener la lucha, a lo que muchos ricos accedieron pensando en los beneficios que obtendrían después. El 15 de mayo Waldo Ortiz y su gente marcharon a unirse con otros contingentes para tomar la capital del Estado.¹⁵

Rebelión en la Montaña

En otros puntos de la región también hubo rebeliones campesinas instigadas por los ricos o sus personeros, que finalmente terminaron volviéndose contra ellos. Fue el caso de los mixtecos de La Montaña de Guerrero que desde principios de 1911 ya andaban alborotados, por lo menos en los pueblos de Zitlaltepec, Mixtecapa, Yucunduta, Ojo de Pescado, Huehuetepec, Silacayotitlán y Chilixtlahuaca. El 16 de abril –un día antes que en Ometepec– los rebeldes tomaron Xochihuehuetan, dirigidos por Juan Andrew Almazán y Gabriel Tepepa, un viejo guerrillero del estado de Morelos; inmediatamente que se hicieron de la plaza los rebeldes comenzaron a saquear los comercios como forma de vengar añejos agravios. Juan Andrew Almazán intentó detenerlos y como no lo lograra montó su caballo para retirarse, entonces algunos líderes le pidieron que regresara, a lo cual accedió a condición de que cesaran los saqueos.¹⁶

El día 20 de abril pusieron sitio a la plaza de Huamuxtitlán donde la guarnición militar resistió por dos días y noches seguidos. El 22 el capitán Emilio Guillemín llegó desde Tlapa en auxilio a los sitiados y Almazán ordenó la retirada. Para sorpresa de todos, los militares porfiristas no llegaron a defender la plaza sino a rescatar a los comerciantes españoles, con

¹⁵ Archivo General del Estado/Secretaría de Gobierno/Putla/Gastos erogados.../Agosto, 1911. Citado en: Héctor G. Martínez, *La revolución en Oaxaca...*, p. 27.

¹⁶ José Manuel López Victoria, *Historia de la revolución en Guerrero*, t. I, De 1901 a 1912, Instituto Guerrerense de la Cultura-Gobierno del Estado de Guerrero, México, 1985, pp. 62-66.

quienes marcharon hacia Tlapa, llevándose unos cien presidiarios para que los ayudaran con las cosas. Los comerciantes y caciques que quedaron pidieron a Juan Andrew Almazán que tomara la plaza. ¿Se habían vuelto rebeldes de un día para otro? ¡No! Lo que querían era asegurar que los rebeldes no saquearan sus bienes ni tomaran represalias contra ellos. El 23 los maderistas ocuparon la plaza. No hubo saqueos pero la fuerza de la resistencia campesina se mostró en toda su magnitud. Ahí estaban los pueblos de Tlatlauqui, Acatepec, Alcozauca, Tlalixtaquilla, Mexquititlán y Tecoyo, entre otros.¹⁷

Con Huamuxtitlán en su poder los rebeldes cortaron la comunicación del centro del país con el resto del estado y estuvieron en posibilidad de marchar sobre Tlapa, el corazón de La Montaña. El capitán Emilio Guillemín informaba que la plaza estaba sitiada por los rebeldes, que el ataque era inminente y los habitantes de la ciudad simpatizaban con los alzados.¹⁸ El informante no exageraba. Alrededor de Tlapa estaban los pueblos de Alcozauca, Tlalixtaquilla, Mexquititlán, Tecoyo, Tenango, Xochituhuetán, Huamuxtitlán, Olinalá y Cualac, entre otros. Todos querían ajustar cuentas con los caciques y las autoridades porfiristas que por tantos años los habían explotado. Después de una semana de combates, el día 7 la plaza cayó en poder de los maderistas y los militares porfiristas huyeron hasta Juxtlahuaca, en territorio oaxaqueño.¹⁹ Los rebeldes volvieron a saquear los comercios y quemaron los archivos judiciales donde constaban las deudas y las incriminaciones contra ellos.²⁰

¹⁷ Vicente Fuentes Díaz, *Historia de la revolución en el estado de Guerrero*, 2a. ed., INEHRM, México, pp. 81-83.

¹⁸ Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Sección Historia, Archivo Histórico, Expediente XI/481.5/125, p. 171.

¹⁹ Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Sección Historia, Archivo Histórico, Expediente XI/481.5/206, Caja 108.

²⁰ Francisco Herrera Cipriano, *La montaña de Guerrero a fines del porfiriato y la revolución maderista*, Mutualidad editorial GRAFOCOCO-Taller de arte "José Clemente Orozco"-Universidad Autónoma de Guerrero, México, 2006, pp. 90-92.

También en la mixteca baja de los estados de Puebla y Oaxaca hubo rebeliones. El 3 de marzo de 1911 un grupo de habitantes del municipio de Piaxtla, Puebla, se levantó en armas comandados por Jesús Chávez Carrera y pocos días después las autoridades municipales se unieron a la causa maderista igual que grupos de rebeldes de otros municipios, entre ellos Ahuehuetitlán. Después se juntaron con la gente de Tehuizingo, quienes ya andaban en armas lideradas por un rancharo de nombre Magdaleno Herrera.²¹ Estos pequeños grupos de rebeldes se vieron beneficiados por el apoyo que recibieron de los rebeldes de Morelos.

El 11 de abril Emiliano Zapata, Gabriel Tepepa y Juan Andreu Almazán se hicieron con la plaza de Chiautla, donde recuperaron una buena dotación de rifles y parque, además, capturaron y pusieron en prisión a Ángel Andonegui, jefe político de ese lugar. Al enterarse del suceso, el pueblo en masa se acercó a Emiliano Zapata pidiendo se castigara enérgicamente a Andonegui, acusándolo de haber asesinado a muchos vecinos, sólo por sospechas de ser maderistas. El político fue juzgado públicamente y condenado a muerte, siendo fusilado en el paraje Cruz Verde.²² Después de la toma de Chiautla los revolucionarios acordaron que Juan Andrew Almazán y Gabriel Tepepa marcharan hacia Huamuxtitlán, en el estado de Guerrero, a preparar su ocupación, por eso andaban juntos durante la toma de Xochihuehuetlán y Huamuxtitlán.

El 17 de abril Emiliano Zapata y su gente ocuparon la ciudad de Izúcar de Matamoros. Entre el grupo que participó en esa acción se encontraba Jesús “el Tuerto” Morales y Francisco Mendoza, originarios de la mixteca, que serían de los firmantes del Plan de Ayala. Los rebeldes avanzaron rumbo al sur, se unieron a los rebeldes de Tehuizingo y el 18 de abril tomaron

²¹ Miguel Salmorán Marín, *Diario de un pueblo: Acatlán de Osorio, Puebla*, 3a., ed., El Combatiente, México, 1995, p. 169-170.

²² Ravelo Lecuona, op. cit., pp. 105-106.

la plaza de Acatlán sin combatir, porque Miguel Gutiérrez, el Jefe Político del Distrito, al enterarse de la inminencia de esa acción militar huyó hacia Tehuacán protegido por un grupo de rurales. El 25 de abril todas las fuerzas revolucionarias pasaron al estado de Oaxaca con el fin de ocupar la ciudad de Huajuapán de León, pero cuando llegaron ya estaba en poder de gente de los pueblos de Acatlán, San Pablo Anicano, Guadalupe Santa Ana, Texcalapa, Petlalcingo, Chila de las Flores y de los poblados que iban pasando.²³

Los rebeldes abandonaron luego la ciudad pero no dejaron de acosarla desde los pueblos vecinos. El 28 de abril el Gobernador del estado pedía al comandante de la 8° zona militar con sede en la capital del Estado que las fuerzas del 12° Regimiento destacado en el Distrito de Teposcolula, brindara auxilio a Huajuapán.²⁴ En la noche del día 9 de mayo de 1911, los maderistas de Tehuacán entraron a Santiago Chazumba para propagar la rebelión, con lo que el pueblo estuvo de acuerdo, preguntaron si las autoridades del pueblo eran dignas de confiar y como les dijeron que sí levantaron un acta reconociéndolas y después se retiraron no sin antes solicitar cooperación del pueblo para la revolución.²⁵ Por esos mismos días otras fuerzas revolucionarias comandadas por el coronel Francisco J. Ruiz, originario del estado de Puebla, se internaron a territorio oaxaqueño por Huajuapán, llegando a Tamazulapán hacia el 22 de mayo. Ahí se les incorporaron las fuerzas que comandaban Antonio Feria Velasco y Francisco M. Ojeda, oriundos de Teposcolula, y Juan Reyes Saavedra, originario de Tezoatlán; juntas se mantuvieron operando en los distritos de Huajuapán, Teposcolula y Nochixtlán.²⁶

²³ Miguel Salmorán Marín, op. cit., pp. 170-173.

²⁴ Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Sección Historia, Archivo Histórico, Expediente XI/481.5/206, Caja 108.

²⁵ Ricardo Ceballos Soto, *Historia de Santiago Chazumba 1900-1920*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-PACMYC, México, 2007, pp. 102-103.

²⁶ Martínez Vázquez, Víctor Raúl, *La Revolución en Oaxaca (1900-1930)*, Conaculta, Colección Regiones, 1993, pp. 146-149.

La rebelión en este distrito de la mixteca baja comenzó el 25 de marzo de 1911. Ese día un grupo de maderistas oaxaqueños apoyado por fuerzas comandadas por Gabriel Solís y Luis Curiel, dos personajes económicamente acomodados, originarios de Alcozauca y Tlapa, en el estado de Guerrero; ocuparon los pueblos de Santa Ana Rayón y Cieneguilla, ubicados como a dos kilómetros del estado de Puebla y seis de Guerrero. Otro tanto hicieron los revolucionarios de Puebla, entre los que se encontraba Magdaleno Herrera y Antonio Michaca, quienes poco a poco se fueron acercando para ocupar esta ciudad, cosa que finalmente hicieron el día 2 de mayo por la mañana. Aunque era una ciudad tan importante como otras que se habían tomado, entraron sin combatir porque, Lorenzo Barroso, el jefe político del Distrito, huyó después que el gobierno le negó apoyo para defender la plaza.²⁷

Los rebeldes anduvieron por los pueblos difundiendo el Plan de San Luis y el día 13 de ese mes realizaron una asamblea donde explicaron sus objetivos y después cambiaron a las autoridades. Como presidente municipal nombraron al señor José Pastrana y como juez de primera instancia con funciones de jefe político al señor Tomás Ruiz. No eran gente del pueblo pero tampoco de los más pudientes. Eso molestó a los caciques y comerciantes, y cuando los maderistas salieron del municipio con rumbo a la capital del estado un grupo de ricos en el que se encontraban Julián León, Eutiquio Ramírez, los hermanos Daniel, Abraham y Ricardo Olea, Miguel y Rodolfo Perea, los hermanos Rafael y Procopio León, Manuel Ávila, Nemecio Rodríguez, Francisco y Manuel Vera, Juan Hernández y Amado Rosas, entre otros, se amotinaron y de manera violenta exigieron al presidente que cambiara al juez de primera instancia, pero no lograron su objetivo porque el presidente nombrado se sostuvo.²⁸

²⁷ Cayetano Esteva, *Nociones elementales de geografía histórica del Estado de Oaxaca*, Tipografía San Germán Hermanos, Oaxaca, 1913, pp. 320-322.

²⁸ Saúl Reyes, *Sucesos históricos de la mixteca*, Botas, México, 1972, pp. 43.44.

La repercusión de la rebelión entre los mixtecos por esta parte de la región también tuvo efectos políticos. Los pueblos de Coicoyán solicitaron a Gabriel Solís, comandante de las tropas rebeldes, la formación de un distrito para que tuvieran donde atender sus problemas porque pertenecían a Tlaxiaco y les quedaba demasiado lejos; éste accedió a sus peticiones, cercenando también parte del Distrito de Putla.²⁹ Otro caso similar fue el de los pueblos de San Francisco Higos, San Mateo Tunuchi y San Martín Sabinillo, que demandaron su separación del Distrito de Tlaxiaco y pasar a formar parte del Distrito de Silacayoapan, a lo que también se accedió.³⁰ Los pueblos seguían aprovechando la ola maderista para resolver sus problemas.

Pronunciamientos en la mixteca alta

El la mixteca alta el 16 de mayo de 1911 se pronunció por el maderismo el señor Elías Bolaños Ibáñez, un rico hacendado y minero, además de colaborador del periódico *La voz de Tlaxiaco*. Un día después también se pronunció Febronio Gómez "el Político", un rico comerciante y propietario de un palenque, que durante varios años fue integrante del Ayuntamiento de la ciudad de Tlaxiaco, quien en los últimos años había sido desplazado del poder y con las revueltas maderistas veía la posibilidad de volver a él. Más experimentado en lides políticas que Elías Bolaños Ibáñez, Febronio Gómez levantó a los pueblos de la región de la mixteca alta llevando cada uno a sus propios jefes: Ignacio M. Ruiz, Mónico Martínez, Francisco Zafra C. y Mateo Cortés, de Chalcatongo; Vicente Osorio, de Santiago Yosondúa; Carlos Ocegüera, de Itundujia; Rafael Pérez, de San Miguel el Grande; Urbano Carrada,

²⁹ Archivo General del Estado/Secretaría de Gobierno/Putla/Gastos erogados.../Agosto, 1911. Citado en Héctor G. Martínez, *La revolución en Oaxaca...*, p. 27.

³⁰ Archivo Histórico Municipal de la Ciudad de Tlaxiaco, Sección: Jefatura Política, Subsección: Gobierno, Serie: Correspondencia, Año: 1911, Caja: 237, Exp. 149.

Andrés López, Ponciano López y Rubén Melgar, de Cabecera Nueva, Gonzalo Pérez, de Nochixtlán; Venancio García, de Santa Lucía Monteverde y Benjamín García, de Atatlahuca, quien era el corneta de órdenes.

En el centro de Tlaxiaco se le unieron los habitantes del Barrio de San Pedro, donde el despojo de tierras había sido más intenso y sus habitantes sentían necesidad de recobrarlas y cobrar la afrenta. Entre los que encabezaban a esta gente se encontraban los señores Aurelio Pacheco y Juan Pacheco, Jesús Sánchez y Vicente Mora. El día que se insurreccionaron, avanzaron a la ciudad haciendo disparos, pero tampoco encontraron resistencia.³¹ Febronio Gómez hizo campaña por los pueblos de la mixteca alta ofreciendo rebajar a doce centavos la capitación, lo mismo que devolverles las tierras que los hacendados les habían arrebatado. De la misma manera, a la gente que le pidió cambiarse del Distrito de Putla al de Tlaxiaco, les prometió que así sería, aunque sin llegar a decretarlo, como lo hizo Gabriel Solís en Silacayoapan.³²

El día 25 de mayo se rebelaron las fuerzas maderistas comandadas por Sebastián Ortiz, Faustino Olivera y Baldomero L. de Guevara, tres magonistas de la zona cuicateca, en una acción coordinada con las fuerzas de Francisco J. Ruiz, ocuparon el distrito de Coixtlahuaca.³³ Varios pueblos aledaños levantaron actas de apoyo a los rebeldes pero aun así, cuando los maderistas salieron del distrito el jefe porfirista destituido, Arnulfo Bravo, se paseaba por las calles de la cabecera municipal. Para someterlo, el señor Alejandro M. Vásquez, el nuevo jefe político nombrado por los maderistas, solicitó

³¹ Aquino Alejandro Méndez, *Historia de Tlaxiaco (Mixteca)*, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes; 2ª edición 1996, p. 314.

³² Archivo General del Estado/Secretaría de Gobierno/Putla/Gastos erogados.../Agosto, 1911. Citado en Héctor G. Martínez, *La revolución en Oaxaca...*, p. 27.

³³ Archivo General del Estado/Secretaría de Gobierno/Putla/Correspondencia/Junio, 1911, Citado en: Héctor G. Martínez, *La revolución en Oaxaca...*, pp. 18-19.

al gobierno estatal armas para organizar su propia defensa. Esas armas después serían las que sirvieron a los zapatistas cuando se rebelaron contra el maderismo.³⁴

La caída de Porfirio Díaz y las rebeliones agrarias

Para el 17 de mayo de 1911, cuando los representantes del dictador Porfirio Díaz y Francisco I. Madero firmaron en El Paso Texas un armisticio para llegar a un arreglo que pusiera fin a la rebelión, ésta ya había perdido su carácter de movimiento de presión y los campesinos peleaban su propia guerra. Esto lo sabían bien los hacendados, caciques, terratenientes y grandes comerciantes que dejaron de combatir contra las fuerzas porfiristas y enfocaron sus esfuerzos a someter a sus antiguos compañeros de armas. Aprovecharon que eran tiempos de siembra y muchos campesinos dejaron las armas para volver a los arados. La contrarrevolución fue más violenta ahí donde la lucha de las comunidades había sido más radical.

La guerra campesina en la mixteca costeña

En Ometepec la contrarrevolución incluso fue antes que el pacto entre maderistas y porfiristas. Comenzó el 28 de abril, cuando Liborio Reina, el presidente municipal que había ayudado a los pueblos a recuperar los títulos de sus tierras, fue emboscado por Odilón Morán, un soldado de las tropas de Enrique Añorve Díaz, aunque logró salvar la vida. La agresión puso en alerta a los campesinos que de inmediato prepararon el contragolpe. El 11 mayo ajusticiaron a Jesús Medel, que había sido rescatado de la cárcel de Huehuetán, por un grupo armado de los terratenientes, el 16 fue ejecutado Romualdo Rosario, partidario de los terratenientes, por haber incriminado a Lorenzo Donaciano, de las fuerzas de Huehuetán, y el 24

³⁴ Cayetano Esteva, op. cit., p. 90.

desde Igualapa se le ordenaba al comisario de San Pedro que suspendiera el cobro de rentas a los labriegos de San Martín y San Isidro, hasta que se resolviera a quién pertenecían.

Como parte de la nueva etapa de lucha los mixtecos de Igualapa y Huehuetán planearon el asalto al palacio municipal de Ometepec, con el fin de instalar su propio gobierno. No lo hicieron porque Enrique Añorve Díaz, el comandante de las fuerzas maderistas, intercedió ante el presidente municipal –que estaba de acuerdo con ellos– y Filemón Nolasco el dirigente de los pueblos en rebeldía, para que los aconsejaran que desistieran de esas intenciones. A cambio de no hacerlo los rebeldes exigieron que los terratenientes entregaran las últimas escrituras que tenían en su poder, lo cual fue aceptado por sus antiguos compañeros de armas.

El día 25 de mayo, fecha fijada en los Tratados de Ciudad Juárez para que Porfirio Díaz entregara el poder, en Igualapa hubo fiesta para festejar sus éxitos tanto en Ometepec como en Pinotepa Nacional en el rescate de los títulos de sus tierras. Cuando la fiesta estaba en su apogeo se armó una balacera en la cual perdieron la vida Filemón y Pomposo Nolasco, así como Hermenegildo Marroquín, las dos personas que antes de la rebelión habían participado en el bando de los terratenientes y eran socios de la Sociedad Agrícola de Igualapa, la que se había apropiado de terrenos que el pueblo reclamaba como suyos. Eran, pues, junto con Everardo Rodríguez, gente de confianza del comandante Enrique Añorve Díaz. Por todas estas circunstancias, la balacera en la que perdieron la vida no fue un hecho fortuito sino un plan para suprimir a los elementos adictos a la burguesía agraria de la región.³⁵

Viendo el rumbo que tomaba la situación, los terratenientes planearon un golpe que tenía que ser definitivo para terminar con la revolución campesina. Convencieron a Enrique Añorve Díaz que preparara una masacre entre los pueblos de Igualapa y Huehuetán. Para hacerlo, mandó llamar a Ometepec a las autoridades de Igualapa para que se presentaran a recibir los

³⁵ Ravelo Lecuona, op. cit., pp. 68-71.

títulos de propiedad que habían recogido a los terratenientes. A los habitantes de Igualapa les pareció sospechosa la actitud del jefe maderista pero igual decidieron enviar a diecinueve “principales” a que acudieran a la cita. Cuando éstos se presentaron fueron aprehendidos sin explicación alguna por las fuerzas maderistas y divididos en dos grupos los sacaron de la ciudad y les dieron muerte. Uno de los principales logró sobrevivir y puso sobre aviso a sus compañeros, quienes se declararon en franca rebeldía. Ellos no lo sabían, pero estaban iniciando el movimiento zapatista en la región.

Para el 22 de junio de 1911, el gobierno ya hablaba de que los habitantes de Huehuetán andaban otra vez de rebeldes, esta vez contra los maderistas, sus efímeros compañeros de causa. Razones no les faltaban para hacerlo, pues todavía no recuperaban todas las tierras por las que se habían ido a la revolución en las filas maderistas. Pero sobre todo pensaban en la represión que el Capitán Juan José Baños había cometido contra sus compañeros el 29 de mayo en Pinotepa Nacional. No querían que a ellos les sucediera lo mismo y tomaban sus precauciones para evitarlo. De hecho, la rebelión fue una acción para tomar la delantera a sus enemigos, una medida preventiva para ponerse a la ofensiva.

En Pinotepa Nacional los maderistas también volvieron las armas contra los campesinos que antes fueron sus compañeros de lucha. El 29 de mayo de 1911, once días después de haber sido instalado el reino mixteco, Juan José Baños, el recién nombrado capitán primero de las fuerzas maderistas, apareció por la ciudad para acabar con ellos, como en realidad lo hizo. Así terminó el intento de los mixtecos de gobernarse por ellos mismos a principios del siglo XX. Pero no sólo eso, también se dieron cuenta que su causa y la del maderismo eran asuntos bien distintos y hasta opuestos. Aquéllos querían sacar del poder a los porfiristas para ocuparlo y defender de mejor manera sus intereses, los pueblos en cambio querían recuperar las tierras que los hacendados les habían despojado. Tal vez no lo sabían, pero en otros lados del país muchos campesinos pobres como ellos querían lo mismo.

La “gente bien” del lugar se espantó previendo que volverían a repetirse los actos de abril y mayo pasado y tampoco se quedaron quietos. Lo primero que hicieron fue dirigirse al Gobernador del estado de Oaxaca para que tomara medidas que los protegieran; pero aunque quisiera no tenía medios para hacerlo, entonces decidió a su vez solicitar apoyo al general Enrique Añorve, comandante del ejército maderista en la región, el mismo que había ordenado la masacre en Pinotepa Nacional, el 29 de mayo. El general estaba consciente de la necesidad de brindar el apoyo solicitado pero no se arriesgó a realizar ninguna maniobra por su cuenta y ventura, antes de hacerlo solicitó instrucciones al Secretario de Guerra y Marina, sobre todo por el acuerdo que habían tomado porfiristas y maderistas de que estos últimos no avanzaran más allá de las plazas que ocupaban al firmarse los tratados de paz. Contra lo esperado, el Secretario consultado contestó afirmativamente, asegurando que “tratándose del orden público, las garantías y el llamado por el gobierno debe ser atendido”.³⁶

La guerra entre terratenientes y campesinos por las tierras estaba cantada. Faltaba ver el rumbo que seguiría. Y en el Plan de Ayala los campesinos tendrían la guía ideológica que no les brindó el Plan de San Luis.

En el Distrito de Putla también operaban campesinos descontentos con el destino final de la revolución maderista, que a ellos en nada les benefició. El día 27 de septiembre, en el Distrito de Zacatepec, los indígenas Tacuates se rebelaron liderados por Fermín Rendón, originario de ese lugar. Como a las dos de la tarde de ese día, sus fuerzas sostuvieron un combate con las fuerzas de rurales de la región, las cuales eran comandadas por Pastor González Luna, el maderista originario de Putla que se levantó en armas junto con Waldo Ortiz y que al licenciarse las fuerzas rebeldes se acomodó en la nueva fuerza policial del gobierno. El resultado del combate fue

³⁶ Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Sección Historia, Archivo Histórico, Expediente XI/481.5/206, Caja 108.

favorable a las fuerzas del gobierno. Al final de la batalla se contaron tres rebeldes muertos, incluido su comandante, un herido y tres prisioneros; además les decomisaron cinco armas de fuego, cuatro caballos, una mula y otros objetos más. De las fuerzas gubernamentales se registró un muerto y dos heridos.³⁷

La guerra campesina en la mixteca baja

La acción más clara de rebelión contra el maderismo se dio el 24 de septiembre de 1911, cuando Jesús “el Tuerto” Morales y Magdaleno Herrera al frente de 200 elementos de tropa, se levantaron en armas en Tehuitzingo, desconociendo al presidente electo Francisco I. Madero, secundando la actitud asumida por Emiliano Zapata en el estado de Morelos. De Tehuitzingo marcharon hacia Chinantla, y lugares circunvecinos para difundir los motivos de su lucha y extender su área de influencia.³⁸ Para perseguirlos, Victoriano Huerta, que se encontraba al frente de la campaña contra los zapatistas, ordenó al brigadier Arnoldo Casso López que explotara la zona. El 3 de octubre de ese año el militar comenzó una expedición por el Distrito de Chietla incursionando en Tlancualpican, Ixcamilpa y Chila de la Sal, donde andaba operando la gente de Jesús “el Tuerto” Morales, quienes se replegaron para Tehuitzingo.

Ese mismo día salió de Chiautla con rumbo a Acatlán una brigada de infantería al mando del mayor Felipe Álvarez compuesta por una compañía al mando del Capitán 1º Conrado Benítez, las dos compañías del 2º Batallón de infantería al mando del mayor Eduardo Ocaranza y los jinetes del 19º Cuerpo Rural del Comandante Camerino Z. Mendoza. En el trayecto pasaron por Tehuitzingo donde entablaron combate con las fuerzas zapatistas que tuvieron que abandonar el lugar.

³⁷ Ibid.

³⁸ Salmorán Marín, op. cit., p. 174.

Al día siguiente hubo otro combate en el centro de Acatlán, con saldo también favorable para los federales. Frente a estos resultados Jesús “el Tuerto” Morales y su ejército se dirigieron a Tamazola, en el Distrito de Silacayoapan, Oaxaca, de ahí pasaron a Ihualtepec y llegaron a Santa Ana Rayón, en los límites con el estado de Guerrero, hasta donde las tropas federales de Puebla ya no los siguieron, dejando que lo hicieran las de Oaxaca.³⁹

Ataque a La Pradera

El día 17 de octubre de 1911 las fuerzas zapatistas al mando de los generales Jesús “el Tuerto” Morales y Magdaleno Herrera atacaron y tomaron la hacienda La Pradera en el Distrito de Huajuapán de León, una de las más importantes del estado de Oaxaca. Enterado de la situación, el comandante de la 8ª zona militar del estado de Oaxaca ordenó al mayor Eugenio Escobar, que se encontraba en el municipio de Tamazola, que marchara sobre ellos. El día 18 a las seis de la mañana el mayor y la gente a su mando salieron a enfrentar a los zapatistas. Dos horas y media después llegaron al pueblo de Guadalupe de Ramírez en donde se encontraron con la vanguardia del ejército integrada por quince hombres y comandada por los subtenientes Juan J. R. Stecker e Ignacio Ramírez, quienes les informaron que al intentar acercarse a la hacienda fueron recibidos con descargas cerradas de la avanzada de los zapatistas, que calculaban en cincuenta hombres.

Con esa información y otra más de la situación el mayor Eugenio Escobar preparó el asalto a la hacienda para desalojar a los zapatistas. Primero desplegó a sus fuerzas por las principales alturas del terreno obligando a la avanzada zapatista a replegarse al centro de la hacienda, junto con sus compañeros. Conseguido lo anterior ordenó un descanso de la tropa, pues tanto ellos como sus caballos se encontraban bastante

³⁹ Loc. cit.

cansados por el traslado desde Tamazola y el desplazamiento por el terreno. Para eso se ordenó a los efectivos militares emprender el descenso y concentrarse en otro lugar elevado del terreno, distante del centro de la hacienda, como a kilómetro y medio, desde donde se organizó el ataque final.

Ante el inminente asedio militar, los zapatistas concentrados en la hacienda organizaron la defensa. Después de colocar a la gente en los lugares que consideraron estratégicos, los comandantes decidieron tomar la iniciativa y dieron la orden de ataque. De acuerdo con la versión que después difundieron los militares

los zapatistas al mando del cabecilla Jesús Morales, rompieron un fuego rápido haciendo funcionar su artillería, cuyos proyectiles no llegaban hasta nosotros; se hizo el avance en tiradores y á quinientos metros del punto objetivo, que serían las diez de la mañana, se rompió el fuego lento avanzando con toda precaución, pues los de la Hacienda estaban parapetados, hasta quedar a trescientos metros a cuya distancia empesaban a alcanzar los proyectiles; en vista de esto ordené pecho á tierra, fuego por salvas y avance por tramos hasta llegar a cien metros en que se dio el toque de ataque dándose el asalto, el cual por su empuje no pudieron resistir los bandidos que en número de más de trescientos huyeron en desbandada a los montes cercanos como á la una de la tarde.⁴⁰

Los militares recuperaron la hacienda. Pero los zapatistas no se dieron por vencidos. En los pueblos vecinos se reorganizaron y, antes de las dos de la tarde, contraatacaron apoyados por los habitantes de Tacache de Mina, al mando de Jesús Montaña, que entre todos sumaban alrededor de setecientos rebeldes. El mayor Eugenio Escobar ordenó que vein-

⁴⁰ Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Sección Historia, Archivo Histórico, Expediente XI/481.5/206, Caja 109.

te hombres se parapetaran en la torre de la hacienda y desde ahí protegieran a la infantería que avanzó para detener a los atacantes. Después de dos horas de combate y sin que los zapatistas vieran posibilidad de lograr su objetivo se volvieron a dispersar. Los militares los persiguieron hasta Tacache de Mina, donde los zapatistas se dispersaron; ahí cesó la persecución, pues los federales sabían que fuera de la hacienda y sin conocer el terreno podían ser presa fácil de sus enemigos.

No se supo cuántos zapatistas murieron en la refriega. Los militares recogieron cuatro cadáveres pero la mayoría fueron retirados por sus compañeros, quienes los atravesaron en sus monturas para llevárselos de ese lugar y darles una sepultura digna; además se llevaron a los heridos para curarlos. También perdieron su artillería, “compuesta por un tubo con sunchos y una pequeña pieza con cascabel, teniendo en la extremidad una barreta y montada en un tripeé el cual se llevaron; una carabina Remington lisa; una escopeta de dos cañones, una pistola, una granada de mano; treinta y tres caballos, diez de ellos ensillados y tres acémilas”.⁴¹ Por su parte los militares tuvieron un soldado herido, dos soldados y tres caballos dispersos y un caballo de oficial herido e inutilizado y consumieron dos mil cuatrocientos cartuchos.

Salida

Todas estas luchas de los pueblos mixtecos contra los hacendados, rancheros, caciques, grandes comerciantes y usureros regionales, explican su participación en el acto donde se firmó el Plan de Ayala, el documento que dio dirección a su lucha y al paso de los años se convirtió en símbolo de congruencia y dignidad. Ciertamente, no estaban todos los que andaban levantados en armas y los que participaban posiblemente no eran los más representativos; participaban los que ya habían entrado en relación con los campesinos de Morelos, Guerrero y Pue-

⁴¹ Ibid.

bla, entre quienes se fue gestando la idea de tener un Plan que expresara las razones de su lucha; faltaban los que aún no entraban en contacto con ellos.

Pero lo importante era que estaban y que los ausentes no tardarían en unirse. Después de la firma del Plan de Ayala, para los mixtecos el maderismo fue cosa del pasado. Por diversos lugares brotaron grupos rebeldes con diversas demandas, lo que enriquecía el contenido del zapatismo. En muchos lugares –como Ometepec y Pinotepa Nacional, en la mixteca costeña; Huajuapán y Silacayoapan, en la baja; Nochixtlán y Tlaxiaco, en la alta– el centro de las demandas siguió siendo la reivindicación de la tierra, pero hubo otros que por diversas razones no perdieron su patrimonio que enfocaron sus reivindicaciones por otros lados igualmente importantes: la lucha contra los cacicazgos, contra los grandes comerciantes, arrendatarios de tierras y por cambiar la situación de explotación en que vivieron fue parte de ellas.

Lo más importante es que se apropiaron del Plan de Ayala y lo hicieron suyo. Cualesquiera que fueran sus demandas, las justificaban en el Plan de Ayala, lo mismo si hacían propaganda que si se trataba de entrar en combate. Cuando entraban a pueblos que simpatizaban con su causa, reunían a la gente y le explicaban pacientemente el contenido del Plan de Ayala, la invitaban a sumarse a la lucha y nombraban autoridades afines políticamente a ellos. De todo eso levantaban actas que después guardaban en sus archivos o enviaban al cuartel general. Así pelearon durante varios años, hasta que la revolución tomó otros rumbos y muchos de ellos decidieron el propio.

Pero eso ya es otra historia.